

se mostraba más humildemente admirador á medida que las faltas iban siendo mayores, notaba en cierta contracción de semblantes, en cierto silencio, que se temía la nueva guerra, á la cual parecía precipitarse, y se impacientaba, por decirlo así, de que no se le presentasen objeciones, que adivinaba porque se las dirigía á sí mismo, y contestaba á menudo á gentes que no decían ni palabra y á quienes jamás habían ocurrido las tales objeciones, ó que, si habían pensado en ellas, nunca se hubieran atrevido á declararlas de plano. Sin embargo, entre los personajes de más importancia había uno, el archicanciller Cambaceres, á quien hacía ya mucho tiempo, según hemos tenido ocasión de notar, que no hablaba sino de los asuntos interiores, sobre los cuales le consultaba de buen grado, y á quien evitaba hablar de los negocios extranjeros, pues sobre esta materia, sin desdeñar su dictamen, hartó sabía que le era contrario. Con este grave personaje tuvo dos ó tres conferencias sobre la próxima guerra de Rusia: el archicanciller, á pesar de su timidez, que no llegaba hasta el extremo de hacer traición á un soberano á quien amaba sinceramente, induciéndole á engaño, esforzóse por disuadirle de tal empresa: le halló más fatalmente determinado que convencido de veras, y como arrastrado por una necesidad irresistible. Napoleón dijo como á todos, que, fuese lo que fuese, tarde ó temprano habría que venir una vez más á las manos con Rusia, batida pero no anonadada, y á la cual era necesario descargar un nuevo golpe, á fin de acabar de someterla; y que, pues era necesario, en la tardanza estaba el peligro; que eran completas sus facultades personales, sus ejércitos soberbios, y que prefería imponerse esta ruda tarea ahora que aún era joven á haberla de desempeñar cuando se sintiera viejo y debilitado: que, á mayor abundamiento, prefería tomarla sobre sí á legársela á su sucesor, que no era más que un niño y probablemente no tendría su suficiencia; que la suerte estaba echada, y haría lo que creyera que debía poner por obra, y que Dios sobre todo. Por lo demás, no se ocultaban á Napoleón las dificultades de la empresa, antes bien declaraba textualmente que no era guerra para improvisada y llevada de prisa, como tantas otras que había acometido y rematado velozmente; que era asunto cuando menos de dos campañas; que se engañaba quien creyera que iba á engolfarse de pronto en llanuras silvestres, taladas según todas las verosimilitudes, para caer en garras del hambre y del frío; que este año avanzaría lo más hasta el Dwina y el Dnieper; que trataría de establecerse allí ante todo, de fortificarse, de crear inmensos almacenes, y que al otro año avanzaría más lejos y descargaría el golpe mortal sobre Rusia.

Dudando mucho que tuviese la paciencia necesaria, el príncipe Cambaceres, después de insistir sobre las dificultades de esta guerra, hablóle también de las disposiciones de Alemania, de la cual hacían todas las relaciones una alarmante pintura, y de lo escasamente que se podía contar con la constancia de los pequeños príncipes alemanes aliados suyos, con la franqueza de Austria, con la fuerza del rey de Prusia para satisfacer sus compromisos. Napoleón ratificó de quiméricos los temores que le expresaba su prudentísimo consejero. Dijo que los pequeños príncipes alemanes habían ganado territorios que no podrían conservar sin su prepotencia,

y que esto bastaba para retenerles en su alianza; que Austria, á trueque de recuperar la Iliria, se hallaba resignada de antemano á cuanto exigiera de ella; que Prusia, trémula y sometida, sería fiel por miedo al terrible castigo á que una traición la expondría; que, en todo caso, tomadas tenía sus precauciones, y que una potencia armada y acampada junto al Elba le daría razón de todas las malas voluntades, manifiestas ú ocultas, que dejase á su espalda.

Evidentemente Napoleón se daba por comprometido consigo propio y con el mundo á perseverar en su funesta empresa, sucediera lo que sucediese, y salía de algunos instantes de vacilaciones tornando la mente á los increíbles triunfos de su vida, y á las esperanzas de dominación universal que aún le autorizaban á concebir los tales triunfos. De consiguiente la insistencia era ociosa, y, según las instituciones vigentes, no había más que bajar la cabeza, con dolor si se amaba á Napoleón, con desesperación si se amaba á Francia.

No haciendo caso alguno de estas ligerísimas resistencias, apresuróse Napoleón á dedicarse á sus últimos negocios, para salir de París al primer movimiento de los rusos. Salvo los carros que iban un poco atrasados, todo se desarrollaba á medida de su deseo, y antes de mayo, y sobre todo antes de junio, podía contar con tener cuanto había ordenado para la tremenda lucha á que se lanzaba. Su tesoro, al menos por entonces, se hallaba en estado de hacer frente á sus inmensos gastos. Sus presupuestos, reducidos sistemáticamente al guarismo de 740 ó 770 millones (860 ú 890 con los gastos de recaudación) se habían elevado de pronto á cerca de 950 millones (un millón setenta mil con los gastos de recaudación). Este aumento era debido en parte á la incorporación de los Estados romanos, de Iliria, de Holanda y los departamentos anseáticos. Proporcionádoles habían los Estados romanos un aumento de ingresos de 12 millones, la Iliria de 11, la Holanda de 55, los departamentos anseáticos de 20, lo cual sumaba un total de cerca de 100 millones, sin que los gastos hubieran subido hasta igual suma.

Efectivamente, gracias á la reunión de todas estas administraciones á la de Francia, ya dotada con largueza, se suprimieron ó disminuyeron muchos gastos. Solamente Holanda costaba más de lo que producía, á causa de su deuda, que del producto de 55 millones absorbía 31 próximamente.

A los 100 millones poco más ó menos, que acabamos de enumerar, habían añadido además los rendimientos de aduanas unos 60 millones de renta, lo cual debían á la famosa tarifa del mes de agosto de 1810, que permitía la introducción de los géneros coloniales mediante un derecho de 50 por 100. Así en 160 millones se podían aumentar los ingresos, y resultaba déficit á pesar de todo. No se debía achacar á los gastos de los países reunidos, pues según acaba de verse, estos gastos no igualaban al nuevo producto, sino á la guerra. Los dos ministerios del personal y del material de la guerra, que en 1810 absorbían el primero 250 millones, el segundo 150, total 400, habían exigido en 1811 cerca de 480, y pronto debían exigir más de 500. La marina, antes costeada con 140 millones, iba á costar 170 de resultas de la reunión de las marinas holandesa y anseática; así es que los nuevos recursos quedaban absorbidos

con mucho por los gastos de la administración militar. Verdad es que al aumento de ingresos de 160 millones, cuyo origen hemos detallado, había que añadir otro recurso, bien que accidental y debido igualmente á las aduanas. Hase visto cómo se confiscaron muchos géneros coloniales cogidos en fraude, cómo se apresaron y vendieron en beneficio del tesoro no pocos buques americanos y otomanos, acusados de contravención á los decretos de Berlín y de Milán, y porción de lanas pertenecientes á ilustres familias españolas proscritas: hase visto, en fin, cómo se había permitido en Francia, mediante un 50 por 100, la introducción del cúmulo de géneros coloniales existentes en Holanda, en Holstein, antes de promulgarse las últimas leyes del bloqueo continental. Todos los productos procedentes de estos diversos orígenes se habían reunido bajo la sola denominación de *productos extraordinarios de aduanas*, y percibidos se elevaban á 150 millones, que debían suplir el dinero que proporciona el crédito al país que lo tiene. De esta suma añadió Napoleón cerca de 90 millones para pagar los residuos de los presupuestos anteriores, y así no quedaba atrasado ninguno, lo cual daba al movimiento de las cajas una facilidad muy grande y muy apreciable en el momento en que iba á remover tan enorme cantidad de hombres y de cosas. Por consiguiente le quedaban unos 60 millones, y además su haber extraordinario, que, después de todas las dotaciones concedidas y de todas las sumas gastadas en obras públicas, aún se elevaba á cerca de 340 millones incluyendo los productos de la última guerra de Austria. Sin duda se recuerda que de estos 340 millones había prestado 84 al tesoro, al suprimirse las obligaciones de los recaudadores generales, en dinero contante conservaba 85, la mayor parte de ellos en las bóvedas de las Tullerías, en valores perfectamente líquidos 38, y por último 132 en obligaciones de Westfalia, de Sajonia, de Baviera, de Rusia y de Austria. Con estas últimas sumas no se podía contar sino después de la victoria, y tampoco se debía enumerar como recurso la cantidad prestada antes al tesoro. Seguros y del todo disponibles tenía 85 millones en dinero contante, 38 en buenos valores, esto es, 123 millones ó casi 180 agregando los 60 millones todavía existentes en la caja extraordinaria de aduanas. Con un presupuesto de ingresos, que permitía destinar 500 millones á los dos ministerios de la Guerra y 160 al de Marina, con una suma de 180 millones efectivos en una caja de reserva, con una deuda casi nula, y cubierto ya todo atraso, se podía considerar suficientemente provisto, con especialidad si la guerra, que Napoleón creía hacer felizmente, llegaba á sostener la guerra. Así podía asalariar regularmente una fuerza que, con el último llamamiento hecho á los guardias nacionales, iba á exceder de un millón y doscientos mil hombres, de los cuales novecientos mil eran franceses. Y si se pregunta cómo podía sostener con quinientos millones á novecientos mil hombres, haremos notar que había trescientos mil en la Península que no costaban más que cuarenta millones al tesoro, suministrando el resto la España, ya en contribuciones de guerra, ya en especie tomada sobre el terreno (1); que había en Alemania

(1) En 1810 y 1811 el ejército de España había costado en gastos calculables 165 millones, de los cuales había pagado España en contribuciones 88 y el tesoro francés 77. Además España había

y en Iliria (2) cierto número de soldados, que recibían del país una parte de su subsistencia, como por ejemplo las tropas residentes en Westfalia; y que finalmente los gastos y los valores de aquel tiempo eran muy diferentes de los de ahora. Tales eran los recursos rentísticos de Napoleón, perfectamente adaptados á sus recursos militares; pero unos y otros amenazados siempre, á causa del uso immoderado que se disponía á hacer de ellos.

Dando la última mano á los asuntos interiores, naturalmente se había Napoleón ocupado mucho en otros negocios exteriores que los de Rusia, los cuales se iban á arreglar con las armas. A la sazón el principal de todos era el ajuste próximo á celebrarse con América y en contra de Inglaterra. Nada tenía mayor importancia, y nada ponía más de manifiesto cuánto erraba en ir á buscar en una guerra al Norte los medios de reducir á los enemigos que se había concitado en el mundo. A pesar de los triunfos de lord Wellington en España, habíase agravado aún más la situación de Inglaterra. Ya el papel moneda perdía el 18 por 100: los géneros coloniales se habían envilecido hasta el extremo de que, por ejemplo, los azúcares que se vendían en París á seis francos la libra, apenas valían seis ó siete sueldos en Londres. Cubierto se hallaba el Támesis de buques cargados y convertidos en almacenes. De seiscientas á setecientas habían subido á dos mil las quiebras anuales de Londres. Una nueva baja había experimentado el crédito, y de resultas de todos estas causas las fábricas, prósperas al principio, habían parado del todo. De trabajo carecían los jornaleros, y pesando, para colmo de desgracia, sobre Inglaterra la carestía casi tanto como sobre Francia, el pueblo tenía menos recursos para pagar su pan y cabalmente cuando se vendía más caro. Casi en todas las provincias corrían los campos bandas hambrientas destruyendo los telares. Así la salida abierta por Rusia al comercio británico en el continente y por la cual Napoleón le reconvenía, no había cambiado sensiblemente la situación de Inglaterra. ¿Y qué hubiera acontecido, si prolongando algún tiempo más semejante estado de cosas, se lanzara sobre lord Wellington parte de las fuerzas que se iban á meter por entre las nieves del Norte?

A punto estaba el gabinete británico de agravar todavía más estos males con su extravagante porte respecto de América. Si se exceptúan las colonias españolas, francesas y holandesas, que ofrecían un desembozado casi nulo, por consecuencia de la acumulación de mercancías que allí se había formado, la América del Norte era el único gran país que había quedado accesible al comercio británico. Allá enviaba Inglaterra por valor de 200 á 250 millones de sus productos, y de ellos sacaba casi igual suma. Mercado utilísimo era éste para su comercio y su industria en semejante estado de cosas, fuera de que entre los productos con que pagaba

suministrado en tanto se cogió en especie sobre los lugares, y todas las contribuciones disimuladas por sus exatores. Este es el resultado de una laboriosísima cuenta hecha por el ministro del Tesoro y presentada á Napoleón. (N. del A.)

(2) Decimos Iliria, y no Italia, porque las tropas de Italia estaban pagadas íntegramente por el tesoro francés, mediante un subsidio anual de 20 millones que percibía del reino de Italia, y se hallaba agregado al presupuesto del imperio. (N. del A.)

á la América había muchos géneros coloniales, que de una manera ú otra acababan los americanos por introducir en el continente á pesar de los rigores del bloqueo. De consiguiente razón había para que Inglaterra tratase á América con contemplaciones. Lejos de esto se portaba respecto de ella á semejanza de Napoleón con los Estados del continente, extraviada como él por la pasión y por el orgullo de sistema. Sus famosas órdenes del consejo, á las cuales Napoleón opuso sus decretos no menos famosos de Berlín y Milán, originaban la disputa, que estaba á punto de convertirse en guerra declarada.

Recordaremos una vez más que Inglaterra, con sus órdenes del consejo, había bloqueado desde luego (por medio del *bloqueo sobre el papel*) todas las costas del imperio francés y de sus aliados, y exigido después que, para penetrar en ellos, se fuese al Támesis á pedir la licencia de navegar y á satisfacer el derecho fijado para obtenerla, á lo que Napoleón respondió declarando desnacionalizado y de buena presa todo buque que se sometiese á semejante dictadura. Se ha visto que los americanos, para librar sus buques de esta doble violencia, les prohibieron al principio, en virtud de la *ley de embargo*, frecuentar las costas de Europa y que luego limitaron esta prohibición á las costas de Francia y de Inglaterra, añadiendo que esta medida sería revocada respecto de cualquiera de estas dos potencias que renunciara á su sistema de rigores. Conduciéndose Napoleón con hábil mesura en este punto, había renunciado á sus decretos de Berlín y Milán relativamente á los americanos, y dijo que había obrado de este modo con la esperanza de ver á los americanos defender al cabo su pabellón contra los que le hacían ultraje. En respuesta á esta prudente conducta los americanos alzaron la prohibición respecto de Francia, la mantuvieron respecto de Inglaterra, y sobre este asunto se hallaban á la sazón los americanos y los ingleses en abierta disputa.

Si la razón inspirara á Inglaterra, debiera imitar la conducta de Napoleón pura y simplemente, revocando sus órdenes del consejo y permitiendo á los americanos comunicarse con Francia. De seguro el bien que de esto resultase para nosotros no podía igualar al que recibirían los ingleses. Sin duda pagáramos á menos precio el azúcar, el café, y lo que era más importante, el añil, el algodón, tan útiles á nuestras manufacturas; pero una parte del azúcar, del café, del algodón introducidos en Francia, hubieran venido de las colonias inglesas. Ahora bien, si el alto precio de los géneros coloniales era para los franceses una molestia, su hacinamiento era para los ingleses una calamidad. Por tanto Inglaterra ganara más que Francia en permitir que circularan libremente los americanos; pero, prevaleciendo hasta la locura el espíritu de dominación marítima en los ministros ingleses, como el espíritu de dominación continental en Napoleón, sólo introdujo Inglaterra algunas ligeras modificaciones en sus órdenes del consejo, en vez de revocarlas del todo. Así cesó de exigir que los americanos fueran al Támesis á pagar tributo; pero declaró bloqueados los puertos del imperio francés desde las bocas del Ems hasta las fronteras de Portugal, desde Tolón hasta Orbitello. Siempre era la pretensión del bloqueo ficticio, ó *bloqueo sobre el papel*, consistente en querer cerrar

playas y puertos que no había posibilidad de bloquear realmente con una fuerza efectiva.

Los americanos respondieron que esto no era restablecer el derecho común de los neutrales, pues este derecho rechazaba absolutamente el bloqueo ficticio, y declararon que persistiendo Inglaterra en parte de sus órdenes del consejo, ellos persistirían en su *ley de embargo*, aunque hubiesen desistido respecto de Francia. Con argumentos miserables replicaban los ministros ingleses á las razones de los americanos. Pretendían que los franceses no habían renunciado formalmente á los decretos de Berlín y de Milán; que la renuncia hecha no era auténtica en la forma; que por otra parte aún eran detenidos muchos buques americanos á la entrada de los puertos franceses, lo cual era positivo é inevitable por haber permitido Inglaterra el establecimiento de una fábrica de falsos papeles que exigía grandes precauciones; que finalmente los americanos no habían exigido de Francia la facultad de introducir allí los productos de la industria británica, lo cual era pueril, porque si los americanos se fundaban al pedir que bajo su pabellón no se apresasen las propiedades inglesas, no podían exigir que Francia admitiera los productos ingleses que su sistema comercial rechazaba. Estas razones eran insostenibles, y los americanos las consideraban como tales. Otro error de Inglaterra, infinitamente grave y renovado todos los días con tanta audacia como violencia, hacía inminentes con América las hostilidades. Bajo pretexto de que muchos de sus marineros, por librarse de las cargas del servicio de guerra, emigraban á las regiones americanas, prescribía que se visitasen todos sus buques, lo cual es siempre lícito á los de guerra, cuando se reduce la visita á comprobar la sinceridad del pabellón, mas nunca de otro modo, y se aprovechaba de esta coyuntura para llevarse todos los marineros que hablaban la lengua inglesa. Ahora bien; hablando las dos naciones el mismo idioma, acontecía que se apoderaba casi de tantos marineros americanos la marina británica como de marineros ingleses, y de consiguiente ejecutaba la *presa* no sólo sobre los súbditos británicos, sino sobre los súbditos extranjeros, abusando de la identidad de idioma debida á la identidad de origen. Muchas veces la resistencia de los buques americanos produjo colisiones en el mar que resonaron en la América toda. Así la exasperación llegaba á su colmo, y los espíritus previsores creían inevitable la guerra.

De aquí sacaba la oposición inglesa cargos numerosos y justos contra el gabinete, y uno de los más insignes oradores de Inglaterra, lord Brougham, en toda la fuerza de la juventud y del talento, anonadó á los ministros, demostrándoles hasta qué punto su sistema marítimo se resentía de insensato. Efectivamente, mientras se obstinaban en sus órdenes del consejo respecto de los americanos, bajo pretexto de impedir las comunicaciones con Francia, autorizaron, por virtud del sistema de licencias, á una porción de pequeños pabellones suecos, noruegos, prusianos, para comunicarse con Francia, de suerte que la marina mercante inglesa era substituída con estos pequeños neutrales, á los cuales se permitía por excepción lo que se negaba á los grandes neutrales, es decir, á los americanos, que podían invocar en su favor el derecho de las naciones. Además

el hábito de disimular su origen, introducido por el sistema de las licencias, había dado margen á una multitud de subterfugios y propagado entre los comerciantes prácticas inmorales, que eran alarmantes de veras.

Sin duda la oposición exageraba las faltas del gabinete, como acontece á menudo, ó no las caracterizaba siempre con exactitud bastante; pero las atacaba con legítima violencia. Expresado hubiera la verdad completa y exacta, diciendo que el interés de Inglaterra consistía en abrirse el acceso de todo el mundo, al par que el interés de Napoleón estribaba en cerrárselo; que dando á Francia el azúcar, el café, el algodón á precio más barato, se hacía Inglaterra cien veces menos bien que el que alcanzaba para sí propia al derramar fuera lo superabundante de sus almacenes. Consistiendo su interés en abrirlo todo, y el de Napoleón en cerrarlo, era una conducta soberanamente disparatada obstinarse en sus órdenes del consejo, prepararse así la más molesta de las privaciones, la de las relaciones con América, y además una guerra peligrosa hasta lo infinito, si á esta guerra se venía á juntar un nuevo triunfo de Napoleón en las llanuras del Norte.

Irritada la ciudad de Londres en el más alto grado, presentó una petición al príncipe de Gales, regente hacía un año, para solicitar la destitución de los ministros, y gran parte del comercio apoyó con sus votos esta instancia atrevida. El príncipe de Gales, á cuyo poder se pusieron restricciones por término de un año, acababa de entrar en plena posesión de las prerrogativas de la corona, y todo anunciaba que gozaría definitivamente de ellas, no ofreciendo esperanza alguna de mejora la salud de Jorge III, su padre. Aun cuando se hubiese acostumbrado á los antiguos ministros de éste, y casi indispuerto con los hombres de Estado á quienes tuvo pensamiento de hacer ministros suyos, hubiera querido reunir á unos y otros en un ministerio de *coalición* con el fin de dar alguna satisfacción á la opinión pública violentamente excitada. Por desgracia el marqués de Wellesley, hermano de lord Wellington, y ministro de Negocios extranjeros, casi acababa de dejar su cartera, y no por algún especial motivo, sino sólo á causa de no poder simpatizar por más tiempo con el carácter estrecho y violento de Mr. de Perceval, verdadera exageración del carácter de Mr. Pitt, con sus faltas y sin sus talentos. Por tanto era muy poco probable que, si el marqués de Wellesley, espíritu ingenuo, tan flexible como elevado, perteneciente al mismo partido que Mr. de Perceval, no había podido simpatizar con este ministro, se le llegasen á unir MM. Grenville y Grey, jefes del partido contrario, poco manejables uno y otro, con el orgullo de una gran posición y la arrogancia de convicciones muy arraigadas. Además les dividía absolutamente la grave cuestión de la emancipación irlandesa. De todas las partes de Inglaterra era la más infeliz la Irlanda. Su estado de sufrimiento exigía que, por precaución, se dejasen allí tropas, que en Portugal se pudieran emplear con harto más provecho. Inflexible la oposición sobre este punto, sostenía apasionadamente que el último medio de calmar la Irlanda y de tener disponibles las tropas dedicadas á su custodia, era emanciparla, es decir, concederla igualdad de derechos con todas las partes del Reino Unido; y aunque el príncipe regente hubiese ofrecido dejar la cuestión indecisa,

lord Grenville y lord Grey rechazaron las aberturas en tal sentido de un modo altanero. De consiguiente no cabía transacción alguna; mas la situación era tan extremada que el menor revés de las armas británicas debía hacer sucumbir la política de la guerra. Así, á pesar de las ventajas de los ingleses en España y de las contrariedades que allí habíamos sufrido, llevando las fuerzas á este punto, en vez de obstinarse en precipitarlas al abismo del Norte, aún podía Napoleón conseguir que propendiese á la paz la política de Inglaterra. Un solo descalabro que se la hiciera sufrir bastaba, y así la coyuntura del año anterior no se había aún malogrado del todo; tanto parecía que se apresuraba la Inglaterra á compensar los errores de Napoleón con los suyos ¡Espectáculo singular el del mundo! ¡Con frecuencia no es más que un asalto de faltas, en el cual no sucumbe sino el que más comete! Y en estas faltas incurren los gobiernos más hábiles á menudo, cuando la pasión se apodera de ellos, pues el talento no es nada donde la pasión predomina.

Aunque Napoleón cerrase los ojos ante tal estado de cosas, comprendió que, obstinándose Inglaterra en hacer sufrir á los americanos toda clase de vejaciones, le convenía atraérselos con tratamientos diametralmente contrarios. Algunas más vejaciones por una parte, algunas más facilidades por otra, y América se encontraría en hostilidades con Inglaterra, lo cual era un resultado de suma importancia. Toda la dificultad estribaba en conceder á los americanos las ventajas comerciales en armonía con sus deseos, sin aflojar en el bloqueo continental á pesar de todo. Para obviar este inconveniente no les quiso conceder Napoleón al principio más que la facultad de comerciar con las licencias expedidas á los negociantes, de quienes estaba seguro. Siendo para ellos estas licencias una traba de las más incómodas, renunció á este sistema, bien que señalándose los puertos de América de donde podían partir, y los puertos de Francia adonde debían llegar. Concentrando la vigilancia en un corto número de puntos, esperaba poder impedir el fraude. Finalmente, para proteger á Lyón y Burdeos, fué su voluntad que los buques americanos tuviesen obligación de traer á Francia cierta cantidad de sedas y vinos. Estas restricciones desagradaron en América singularmente, y se escribió desde todas partes que se necesitaba otra cosa para que el gobierno de la Unión se separase de Inglaterra y se volviese definitivamente hacia Francia. Mr. Collin de Sussy, ministro de Comercio, ideó un sistema que, dando satisfacción á los americanos, precavía los inconvenientes de su libre entrada en nuestros puertos: propuso la supresión de todas las trabas que inspiraban las quejas, y admitir libremente á los americanos, rechazando tan sólo los azúcares y los cafés, cuyo origen no podía reconocerse, y que eran casi exclusivamente ingleses, bien que recibiendo en cambio los algodones, cuya procedencia era fácil de comprobar, así como las maderas, los tabacos y otras materias de que necesitábamos y que venían de América sin disputa. Siempre desconfiando Napoleón y propenso á ceder poco para tener mucho, no admitió desde luego las proposiciones de Mr. de Sussy, si bien disminuyó en cierto modo las trabas de que se quejaban los americanos, é hizo partir á Mr. Serurier para Filadelfia, á fin de prometerles la más lata admisión en

Francia, si rompían definitivamente con Inglaterra. Se lisonjeaba, de consiguiente, y las resultas probaron que no se engañaba, de tener la alianza de América contra Inglaterra dentro de pocos meses.

No limitó á esto los esfuerzos de su diplomacia en perspectiva de la nueva guerra. Aun cuando se hallaba muy irritado con Suecia al aproximarse la crisis, prestó Napoleón oídos á algunas insinuaciones, procedentes de Estokolmo, según todas las probabilidades, transmitidas por la esposa del príncipe Bernadotte, hermana de la reina de España. Esta princesa manifestábase desconsolada por la ruptura que amenazaba estallar entre Suecia y Francia, y no había querido partir de París hasta este instante. Al parecer se insinuaba que Mr. Alquier se había dado mala maña; que no había sabido contemplar la susceptibilidad del príncipe real; que éste nada anhelaba más que aliarse con Francia, si se le suministraban razones ventajosas y honrosas; que su condescendencia respecto del comercio clandestino provenía simplemente del mal estado de la hacienda sueca, que este comercio producía rentas de aduanas con las cuales se vivía en Estokolmo, y que si Francia quería que Suecia pudiese tener tropas en pie de guerra, forzoso era que le proporcionase un subsidio; que bajo esta condición el príncipe cerraría sus puertos á los ingleses, y suministraría un ejército á Francia contra Rusia. Mucho dudaba Napoleón de la sinceridad de estas aberturas, mas podía acontecer que Bernadotte, cuyas proposiciones fueron oídas con reserva por Rusia é Inglaterra (circunstancia de que en París se tenía conocimiento), se sintiera inclinado á volverse hacia Francia, y de ningún modo convenía rechazar á tal aliado, pues sería de provechosísima diversión contra el enemigo un ejército sueco marchando sobre Finlandia, al par que un ejército francés marchaba sobre Lituania. Así por conducto de la princesa real hizo proponer á Bernadotte unirse á Francia, y dirigir treinta ó cuarenta mil hombres contra Finlandia, y en cambio le prometió no tratar con el emperador Alejandro sin forzarle á restituir esta provincia á Suecia. En lugar del subsidio que no podía darle, consentía Napoleón en permitir entrar y vender por Stralsund veinte millones de géneros coloniales, cuyo precio sería inmediatamente pagado por el comercio. Una persona intermedia, señalada por la princesa real, fué autorizada á partir sin demora para llevar estas condiciones á Estokolmo.

Mientras atendía á estos cuidados, seguía Napoleón con la vista la marcha de sus tropas. Acababa de terminar marzo, y hasta ahora todo salía á medida de su deseo. Invasión había sido la Pomerania sueca por una de las divisiones del mariscal Davout, la del general Friant, y después de echar mano á los residuos del contrabando organizado por los suecos, dirigióse á Stettin sobre el Óder. Mas allá había avanzado la división de Gudin, tomando posición en Stutgard, y teniendo delante la caballería del general Bruyere por el camino de Dantzick. Se había establecido la división de Desaix en Custrin junto al Óder, teniendo su caballería ligera en Landsberg y en dirección de Thorn. Con las divisiones de Morand y Compans y con los coraceros agregados á su cuerpo de ejército, se había aproximado el mariscal Davout al Óder, y estaba pronto á cruzar á la primera señal este río. Sus tropas habían marchado or-

denadamente, despacio, observando una disciplina rigurosa y provistas de todo por el gobierno prusiano, que, á la vista de aquellos soldados formidables, se apresuraba á satisfacer los compromisos contraídos por su soberano. Después de concentrarse en Múnster el mariscal Oudinot, se había escalonado sobre el camino de Berlín, y habíase dirigido el mariscal Ney de Maguncia á Erfurt, de Erfurt á Torgau junto al Elba. Pasado habían el Óder los sajones. Transponiendo los Alpes con su ejército el virrey de Italia, había cruzado la Baviera, incorporándose los bávaros y llegando casi hasta el Óder. En observancia de las órdenes imperiales, los oficiales de todas las graduaciones habían ido á la cabeza de los soldados, manteniendo la disciplina en sus tropas, y enfrenando su lengua cuanto les era posible, si bien no lo conseguían siempre. En el cuerpo del mariscal Ney y del príncipe Eugenio se cometían lamentables excesos, ya porque, necesitando atravesar mayor distancia, experimentasen privaciones de que se desquitaban á expensas de los países donde sentaban la planta, ya porque estuviese menos preparado á recibirlos el camino que se les había señalado.

Por lo demás se proporcionaron descansos frecuentes, de modo que cada cuerpo tuvo espacio para unirse al que no había podido seguir, y la cola se estrechaba siempre sobre la cabeza. Una inmensa reata de carros, y tal como jamás se vió en época alguna, marcaba la huella de nuestras columnas mucho tiempo después de su paso.

Hasta ahora nada se había oído decir del Niemen, y ningún rumor anunciaba que este vasto despliegue de fuerzas, ya evidente á los ojos de todos, hubiese provocado á los rusos á tomar la iniciativa. De consiguiente Napoleón, en conformidad de su plan, prescribió un nuevo movimiento á sus tropas á principios de abril para empujarlas del Óder al Vístula con intención de proporcionarlas allí un nuevo descanso, y de aguardar las tres cosas que estaba resuelto á aguardar pacientemente en esta gigantesca marcha, la unión de sus columnas, la llegada de sus carros y el progreso de la vegetación (1).

Ordenó al mariscal Davout que se dirigiera sobre el Vístula con sus cinco divisiones y toda su caballería; al mariscal Oudinot que entrara en Berlín con el mayor aparato militar, detenerse allí un momento y encaminarse al Óder de seguida; á los sajones y á los westfalianos tomar posición en Kalisch; á los bávaros y al ejército de Italia ganar á Glogau, y, finalmente, á la guardia escalonarse sobre el camino de Posen. Después de marchar las tropas durante cinco ó seis días debían

(1) Juzgando escritores mal informados, por la serie de los sucesos de la campaña, que las estaciones comenzaron más tarde, han atribuído á otras causas que las verdaderas la lentitud de los movimientos de Napoleón. Por ejemplo, han pretendido que los asuntos interiores, especialmente la carestía, le retuvieron en París, y causaron los desastres de 1812 con el retraso en abrir la campaña. Error craso. Sabiendo Napoleón por experiencia cómo consumen y diezman las tropas las marchas lejanas, quería cruzar lentamente el espacio del Rhin al Vístula, terminar la organización de sus carros, y más que nada hallar sobre la tierra el alimento de los ciento cincuenta mil caballos que llevaba consigo. Su correspondencia y sus órdenes no dejan duda alguna sobre esto. Respecto de la carestía no tenía que hacer nada y no ejerció ninguna influencia sobre sus operaciones militares. (N. del A.)

descansar casi otros tantos. Siempre encargado el mariscal Davout de organizarlo todo, tenía orden de hacer moler á toda prisa los trigos de Dantzick y de colocar en barriles la harina que resultara; de preparar al punto la navegación del Frische-Haff y del Prégel; de terminar los puentes del Vístula, de formar en Thorn y en Elbing con los suministros de Prusia almacenes semejantes á los de Dantzick; de ocupar bien á Pillau y la punta de Nehrun, y especialmente de estar muy á la mira de los movimientos de los rusos. Siempre el plan era que, si éstos pasaban el Niemen y tomaban formalmente la ofensiva, se marchara en derecha á ellos con los ciento cincuenta mil hombres del mariscal Davout y los ochenta mil del rey Jerónimo. Si por el contrario no se movían los rusos, se debía mantener muy tranquilo, no presentando más allá de Elbing avanzadas francesas sino de prusianas, que desde Dantzick á Koenigsberg estaban en su casa. Todo lo había dispuesto Napoleón para partir á la primera señal en persona y llegar á su vanguardia con la celeridad de un correo. Por lo demás, una vez situado el mariscal Davout junto al Vístula, ya no era de temer una marcha precipitada de los rusos, y sólo había que formar un deseo, el de que se retardasen las hostilidades hasta que brotaran las hierbas.

Para asegurar todavía más el cumplimiento de este deseo, despachó un nuevo correo á Mr. de Lauristón, con el fin de anunciarle este segundo movimiento y de inspirarle el lenguaje que debía usar con este motivo. Mr. de Lauristón tenía orden de decir que, habiendo sabido el emperador de los franceses la marcha de los ejércitos rusos hacia el Dwina y el Dnieper (pura invención, pues ningún aviso le había llegado sobre esto), se había decidido á situarse junto al Vístula, por el temor de la invasión del Gran Ducado, pero que siempre tenía intención de tratar manteniéndose sobre las armas, y aun de encontrar al emperador Alejandro entre el Vístula y el Niemen, y de arreglarlo todo, si era posible, en una conferencia amistosa, como la de Tilsit ó la de Erfurt. Para que se prestase crédito á estas disposiciones, se hallaba autorizado Mr. de Lauristón á declarar que las tropas francesas no pasarían el Vístula, y que si acaso se veían más allá, por ejemplo hasta Elbing, algunos uniformes franceses, serían avanzadas de caballería ligera, encargadas del servicio de vigilancia, que en rededor de un gran ejército no se debía descuidar nunca.

De cuanto se acaba de referir que sucedía en Francia, se había sentido vigorosamente el rechazo en San Petersburgo. La presencia de Mr. de Czernicheff, llegado el 30 de marzo con una carta amistosa de Napoleón, pero con impresiones diametralmente contrarias, pues había hallado masas de tropas formidables por el camino, no era á propósito para atenuar las noticias recibidas de todas las partes del continente. El movimiento del mariscal Davout sobre el Óder, y más allá de este río, la invasión de la Pomerania sueca, la requisición de los continentes alemanes, el paso de los Alpes por el ejército de Italia, el anuncio positivo de los dos tratados de alianza con Prusia y Austria, acabaron de disipar las últimas vacilaciones del emperador Alejandro, y causándole, como á su corte, un pesar profundo, pues no se dudaba que sería terrible la lucha, y que si no era venturosa, la grandeza de Rusia recibiría un golpe decisivo, igual al descargado ya sobre la grandeza de Austria y

de Prusia. Con especialidad las noticias de los dos tratados, firmados por Prusia y Austria, revelaron al emperador Alejandro y al canciller de Romanzoff la inminencia del peligro. Enterado el emperador Alejandro muy exactamente de lo que pasaba en la diplomacia francesa, por infidelidades de origen desconocido, á pesar de muchas indagaciones, sabía que Napoleón hizo aguardar desde mucho antes á Prusia un tratado de alianza, á fin de no infundir demasiados recelos en San Petersburgo. Y pues se había resuelto á concluir este tratado, necesario era deducir que había abrazado su partido hasta el punto de no guardar ya miramientos. El disimulo de la corte de Viena acerca de sus compromisos, no podía engañar á Alejandro, perfectamente instruido de todas las transacciones europeas, y era irrisorio para quien presenciaba los apuros de Mr. de Saint-Julien, embajador de Austria en San Petersburgo. Efectivamente, éste se esforzaba por recatarse de todos, temiendo verse obligado á confesar los nuevos vínculos contraídos por su corte ó quedar confundido si los negaba. Respecto de Prusia, menos osada en la mentira, lo había declarado todo. Ya dijimos que había enviado á Mr. de Knessebeck á San Petersburgo, para exponer al emperador Alejandro la triste necesidad en que se hallaba de tomar parte en la guerra y de ponerse al lado de Francia. Ora fuese que Mr. de Knessebeck estuviera autorizado por el monarca, ora que cediese á las pasiones nacionales, es la verdad que llevó más allá sus confidencias. Dijo que el rey obraba mal de su grado, pues todos sus votos eran á favor de los rusos, y que no desesperaba de estar muy pronto en aptitud de unirse á ellos; que hasta era inevitable este suceso, si se procedía hábilmente, y con este motivo Mr. de Knessebeck, que era un oficial ilustrado, hizo oír consejos muy prudentes, muy funestos para nosotros, muy útiles para el zar, que no sabía á quien escuchar en medio de las opiniones militares de toda especie provocadas en torno suyo por la gravedad de las circunstancias. Le había aconsejado que no se expusiera á recibir el primer choque de Napoleón, sino que por el contrario atrajera á los franceses á lo interior de Rusia, y no los atacara hasta que estuvieran rendidos por el cansancio y por el hambre. Para cuando llegase este caso había prometido que toda Alemania se uniría á Rusia con el fin de acabar la ruina del osado invasor que desde doce años atrás desolaba á la Europa.

Si esto era una simple previsión de Mr. de Knessebeck, transformada en consejos que le inspiraban sus sentimientos nacionales sin noticia alguna de su soberano, ó si estaba autorizado para llevar tan allá las excusas de Federico Guillermo cerca del emperador Alejandro, es cosa imposible de saber ahora, aun cuando poseamos la declaración de Mr. de Knessebeck, que fué quizá más culpable después que entonces, para blasonar de más previsor y patriota que lo fué realmente. Sea como quiera, muchas cosas excusa la opresión bajo que vivía Prusia por aquel tiempo: sin embargo, sentiríamos que Mr. de Knessebeck hubiera tenido autorización para usar tal lenguaje, y lo sentiríamos por la dignidad de un rey, que era un hombre de bien completo. Alejandro acogió con indulgencia harto altanera las explicaciones de Federico Guillermo, y con infinita atención los hábiles consejos de su enviado; díjole que deploraba la